

# El Amigo del Pobre

FRANQUEO  
CONCERTADO

PUBLICACIÓN DECENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

TIRADA 7.000 EJEMPLARES

FRANQUEO  
CONCERTADO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MENSUAL

10 números decenales 0,50 de peseta  
20 " " " 1 " "  
y así sucesivamente.  
Incluidos gastos de correo, sin certificar.

PAGO ADELANTADO

«Este precepto os doy: «Que os ameís  
los unos á los otros como Yo os he  
amado.»

(Jesucristo á sus discípulos)

## ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería «La Escolar,» Corrida 73, y en el comercio «La Epoca» San Bernardo 38 y 40.

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE —Gijón.

## Redentores del obrero

### I

—¿Es que no vas á recibirle?

—¿Es que tú vas?

—Yo, sí.

—Pues yo, no.

—¡Yal por mor de la burguesía. Bien se ve. A pesar de tanto sermoneo, para convencerte de la necesidad de dar este público testimonio de las ideas redentoras y de hacer un digno recibimiento á este apóstol de la democracia y salvador del obrero, al que sin temer las consecuencias habla y grita si es conveniente y trabaja y se cansa tan desinteresadamente por nuestro bien, al que, á pesar de todos los pesares combate y combate de frente, cuando á mano viene, á nuestros enemigos; tú firme en esa impasibilidad y modorra que me quema la sangre, cuando no me da lástima y compasión ver que todavía hay papanatas dispuestos á besar los pies embutidos en charol de esos explotadores del pobre que viven y bromean y se engordan con su sudor y su sangre. Aunque te saquen las entrañas y quieran hacer morcillas de tus carnes vas á darles gusto y te crearás feliz con tanto honor.

—¡Vaya y qué párrafo! Lástima de elocuencia perdida. ¿Por qué no te meterás á orador de club ó á vender al barato por esas plazas?

—Porque no me da la real gana. Vaya el baturro este. Si ya lo dije: lástima que te dejen tan campante esas gentes, pues lo que es para lucir albarda sirvieras á maravilla. ¿Si tendrá gracia que lo que ve todo el mundo no lo vea este tonto con repiques de sabio?

—Lo que ve ó puede ver todo el mundo es la chifladura al por mayor que os han cargado tan á vuestro gusto.

—¿Y qué chifladura y qué cinco cuartos?

—Chifladura, sí, por no decir peor, pues, ¿qué no será entusiasmarse y ponerse de todas las campanillas para recibir al patán ese, género máximo de los chupópteros y oír cuatro porquerías de su boca y dos cuartos de promesas de la tierra de Jauja?

—¿Sabes que me va hirviendo la sangre con oírte?... Pues señor, si no detienes la sin hueso pasaremos á mayores, que no sufro que las majaderías pasen á tanto que se insulte así al redentor del obrero, una de nuestras más halagüeñas esperanzas.

—Con que ¿de veras? pues no vayamos á mayores, quedémonos con los menores, que bastan.

—No te chancees, que me sulfuro.

—Pues no te sulfures, ¿Quieres que hagamos un trato?

—¿Qué trato?

—Allá va. Mira, Ramón, tú estás alucinado por cuatro peroratas ridículas del club, coreadas por las inconveniencias de unos cuantos fanáticos y por los aplausos intencionados de los que están en el *intrínquilis* y especulan con la candidez de los otros...

—Es que ya te dije...

—Ten paciencia y deja que me explique, que ya verás en qué paro. Hoy llegará ese redentor del obrero, ese hombre excepcional, el tipo, según te explicas, de la honradez, del desinterés, del hombre humanitario y demás zarandajas por el estilo; y vendrá después de haberse llevado la otra vez vuestros fondos para gestionar lo que tanto ha de redundar en vuestro favor. Pues bien; ¿apuestas siquiera una merienda de primera en la taberna Nueva, que no os trae la solución del asunto, que os da otro sablazo que obliga á echar la última boqueada á vuestras extranguladas bolsas y que al que se atreva á pedir cuentas, no sólo no se las dan sino que él y la plana mayor de la sociedad dejan al atrevido como chupa de dómine? Y eso sin contar que vendrá en buen coche, vestido á lo burgués y comerá á razón del gasto que os bastara para pasar dos semanas tú con Teresa y tus rapazuelos.

—¡Pero hombre!...

—A lo dicho: ¿apuestas?

—Mas ¿quién va á pedir las cuentas que dices?

—Tú. Con vuestra igualdad y fraternidad todos tenéis el mismo derecho.

—Aunque así sea, ¿quién va á atreverse?

—Pues te has de atrever. ¿Ahí está tu valentía? ¿no querías poco há pasar á mayores? ¿por qué no te quedas con estos menores?

—Pues me quedo, para que te obligue de una vez á tragar la verdad de nuestros ideales y la sinceridad de los que seguimos.

### II

Ante una concurrencia máxima, con expectación universal y profundo silencio en la muchedumbre, había comenzado su discurso en el club el compañero Rodríguez. Después de cuatro lugares comunes mezclados con blasfemias é invectivas contra la burguesía, daba cuenta á la concurrencia de sus gestiones sobre el asunto que se le había confiado, mostrándose esperanzado de feliz éxito, á pesar de las dificultades que la clase alta, «eterna enemiga del obrero, que ansía por la satisfacción de contemplar la última boqueada del pobre,» ponía para que la justísima aspiración de aquella noble y respetable masa que le escuchaba fuese un hecho. Circunstancia esta que, entorpeciendo la marcha regular, hacía más costosa la tramitación y exigía mayor sacrificio por parte de él que había de desvelarse incesantemente, así como por parte de los interesados, pues con los fondos entregados no había bastado para tocar el término á que se iba. Era, pues, preciso un esfuerzo más, tal vez el último, para tan justo y razonable intento, y pasar á una nueva cuestación, esperando que todos se mostrarían dignos y generosos.

Día vendrá, compañeros, y no está lejos, continuaba diciendo, en que, acabada la odiosa tiranía con que se

nos explota, nuestros deseos serán ley y nuestras aspiraciones se impondrán por sí mismas. Mendiguemos un día más; después, echaremos los mendrugos á los que ahora comen mientras nosotros ayunamos. La redención está cerca. Indícalo el entusiasmo creciente de las masas y los supremos esfuerzos de la burguesía para cohibir la expansión de nuestros ideales; indícalo las vaguedades y temores de esa raza de hienas que, no sólo barrunta en nuestra actitud digna, noble y justa, la pérdida de su presa, sino también la realización de las grandes vindictas. ¡Adelante! y no cejar en la demanda que el triunfo es nuestro.

Una estrepitosa salva de aplausos, de vivas y muertas, de blasfemias y rugidos coreó las últimas frases del orador, que, con la satisfacción marcada en su semblante, paseó su mirada por la concurrencia para saborear su triunfo.

Calmado aquel hervor, el presidente, para cumplir con las formalidades del reglamento, indicó, sin reforzar la frase, que si alguien tenía algo que exponer estaba en uso de su derecho y que inmediatamente se procedía á señalar la cuota con que se había de contribuir para reunir los fondos que se hacían indispensables para traer á buen término la legítima aspiración de los allí reunidos.

El pobre Ramón, así que había visto el giro que tomaba el discurso del compañero Rodríguez, estaba aturrullado. Por una parte sentíase movido á entusiasmarse por las palabras y el tono fuerte con que las pronunciaba, mientras que por otra, viendo que se cumplían tan á la letra las profecías de su amigo, íbasele entrando la duda, y el recelo empezaba á introducirse en su corazón, hasta entonces tan confiado y esperanzado. Oída finalmente la invitación del que presidía, estuvo unos momentos en angustiosa perplejidad; pero viniéndole á la mente el calificado de cobarde que iba á propinarle el otro, se levantó al fin y con tono indeciso pidió la palabra.—Me parece conveniente, dijo así que le fué concedida, que se exponga á la asamblea las cuentas de la cantidad anteriormente entregada.

—Y ¿para qué? repuso amostazado el presidente.

—Pues, para saber en qué se han invertido los fondos.

—Y ¿quién es V. para pedir cuentas?

Esta pregunta, despertando el amor propio de Ramón, hizo desentorpecerse á su carácter atrevido é irascible poniéndole en condiciones más á propósito para sostener la lucha iniciada, y respondió con altivez:—¿Quién soy yo? pues, ¡un individuo de la sociedad.

—Y ¿qué?

—Que aquí todos somos iguales y quiero saber lo que me interesa y lo que saben otros, mucho más, cuando tengo parte tan importante en ello.

—Vea el socio de no insolentarse, pues de lo contrario se pasará á otro extremo.

—Quien se insolenta no soy yo, sino el que me niega un legítimo derecho y ataca los principios en que se basa la sociedad.

Un prolongado rumor y repetidos campanillazos de la presidencia siguieron é estas palabras y muchos de los alucinados socios miraban á Ramón con expresión de suma estrañeza contemplándole como si le viesan cometer un horrible sacrilegio, no sólo por lo enérgico de sus palabras, sino muy principalmente por haberse atrevido á lo que pudiéra, como era de suponer, haber sucedido, ofender al redentor aquel, ídolo de la sociedad á quien adoraban incondicionalmente.

—Digo, continuó Ramón, y repito, en nombre de la igualdad que nos predicáis, que quiero saber en qué han parado esos fondos á los que contribuí con mi peculio y, si se me niega tan justa petición, me quede con el derecho de creer que sois unos farsantes y de reputar á los de la junta, así como á aquel á quien se ha entregado la cantidad, unos estafadores y de la peor ley.

Describir la que se armó entonces es imposible; vivas y muertas, silbidos, amenazas, campanillazos... producían un ruido tan estrepitoso é infernal, que el pobre Ramón quedó unos instantes fuera de sí, sin saber lo que le pasaba y pareciéndole que iba á ser engullido vivo por aquella, al parecer, manada de fieras. Por fin se restableció el orden un poco y también la serenidad de Ramón que, sin esperar á más, con voz imperiosa reclamó de nuevo su derecho.—¿Es que no se accede á mi petición?

—¡No y mil veces no! insolente perturbador.

—Pues, quedaos aquí, compañeros, dijo dirigiéndose á la multitud, hasta que os despellejen vivos. A mi me basta y sobra con lo visto y abomino del instante en que me dejé vender los ojos por esos granujas.—Y, sin esperar más, se largó á buen paso de la reunión, no sin temer algo y mucho por su pellejo advertido por la fuerza espantosa de la primera tempestad.

### III

—¡A la taberna Nueva! decía pocas horas después Ramón á su amigo.

—¿Quién paga?

—¿Quién ha de pagar? ¡yo! y el triple doy por lo que he comprado con ello.

—He salido profeta ¿verdad?

—Y de lo mejorcito. Está visto que al que va de buena fe lo desuellan sin compasión esos pillos. ¿Has visto marimorena como la que se armó? Si aquello parecía que abierta la tierra, hubiésemos caído en los quintos infiernos. ¡Qué gritos y que patadas, qué jaleo y qué ojazos más abiertos y qué

fachas, chico! Pero ya sabes que me basto solo para cincuenta mil y esa va y esotra también les propino media docena de píldoras para que revienten, y les dejo con más boca abierta y dos palmos de narices. Convencido, hijo, convencido que esos que parrafean contra los burgueses, ó muchos de ellos, son los peores enemigos del pobre que quieren les sirvan para escalar los palacios y predicar la igualdad para desigualar nuestros bolsillos, subir sobre nuestras espaldas y comer el fruto de nuestros sudores sobre nuestras propias cabezas.

R. ROBERT

*Hemos recibido el siguiente fondillo que publicamos con sumo gusto.*

## DOS COSAS

Yo no tengo las explicaderas que estos señores que escriben todos los días en los periódicos, pero á pesar de ello creo que me vais á comprender y á hacer caso por que es de mucha sustancia lo que voy á deciros, amigos lectores como yo de este «Amigo del Pobre.»

1.<sup>a</sup> cosa. Yo he notado, y no se si vosotros os habreis fijado en ello, que desde que á patronos y obreros les entró ese deseo insano de quebrantar el precepto de las fiestas, nada más que por que si, Dios, en compensación de los días que se le roban, hace que menudeen las huelgas y ahí teneis cómo «la avaricia rompe el saco. ¿No queréis fiestas? tomad huelgas.

De mí se decir que desde que observo los domingos y fiestas fielmente no ha podido irme mejor. El cumplir lo que Dios manda á nadie perjudica.

2.<sup>a</sup> cosa. Se acercan las elecciones, ¡mucho ojo, compañeros, con quién votais para diputado; no os dejéis camelar con promesas, que prometer se promete mucho; no voteis si no á aquel que ante todo y sobre todo sea un buen cristiano y valga además para el caso, por que el que es buen cristiano no hace cosa mala, pensando siempre que Dios le ve y le ha de juzgar, y, no tengais cuidado, que todo aquello que os haya prometido sabrá cumplirlo como se debe, en tanto que el que desprecia al Dios que le crió, mejor despreciará y se burlará del pueblo que le votó, por que lo que él quería era pescar el acta para darse importancia ó para otras cosas peores. ¡Cuidado, pues, compañeros, basta ya de hacer el primo, y mucho ojo con el voto.

UN OBRERO

que no está en huelga.

P. D.—Después de firmado este papel, leo lo que voy á copiaros, en un periódico: «El votante pone á voluntad del votado su religión, su familia,

su propiedad, su vida, su honra que á todo puede alcanzar las leyes que el diputado vote.»

¡Cuánta verdad es esta! ¡Pardiez!... no solteis el voto sino al que bien lo merezca en conciencia; en esto no debe de haber amistades ni compromisos.

Y no digo más. Me voy al taller.

## Hijos para la vejez

Un sacerdote alemán refiere lo siguiente: —¡Ah, señor cura—me decía hace poco un viejo feligrés,—yo soy el más desgraciado de los hombres! Figúrese Ud. que tenía cinco hijos, á los cuales he criado y mantenido á costa de grandes sudores; cuando llegó la ocasión de casarlos me deshice de lo poco que había logrado economizar con objeto de darles las colocaciones más ventajosas que pude; cuando ya no puedo trabajar y no tengo fuerzas para ganarme la vida me veo obligado forzosamente á retirarme á casa de mis hijos.

Pero los unos me cierran las puertas y no me reciben, los otros me ponen mala cara. ¡Estan caro el pan que como en su casa! Y hasta sus hijos, mis queridos nietos, se burlan de las enfermedades é impedimentos de mi vejez. ¡Ah, qué desgraciado soy, señor cura! ¡Pensar que yo he hecho todo lo que podía por ellos y que me vea pagado de esta manera!...

Pero ¡oh, no; no había hecho todo lo que podía por sus hijos ese buen viejo! Había omitido una cosa esencial, que es haberlos educado en el santo temor de Dios. Como tantos otros, había trabajado día y noche para aumentar su capital y dejarles más á sus hijos. Aunque no había sido una mala persona, nunca había dado á sus hijos los buenos ejemplos de una vida cristiana y religiosa.

Sin él quererlo ni pensarlo había criado sus hijos para impíos, y no podía después recoger de ellos frutos de virtud que no sembró.

¡Tened este ejemplo en cuenta, padres trabajadores! ¡Defensores de las escuelas laicas!

## Charlas

### I

¡Pillo!!... ¡granuja! ¡mal hombre!... ¡ladrón!!...

—¡Sopla! ¡En buena hora llegamos á esta casa para tratar con el *leader* de lo que veníamos á tratar!

—Casi que esos *piropos* me han hecho perder en él la confianza.

—No hagas caso. Son cuestiones de familia que el que más y el que menos las tiene en su casa, y que no tienen nada que ver con la cuestión social... ¿sabes?

—Yo creo que sí, porque...

—Si te vas á andar con *escrópulos* de monja no encuentras entre los nuestros otro que más valga... respetive al asunto. ¿Entramos por fin ó qué?

—Yo creo que sería mejor dejarlo para más tarde... ¡zas! ahora le pega él á ella.

—Paréceme que es ella á él... sí,

bajemos. Vámonos mientras tanto se serenán un poco los ánimos, á la tienda de ahí enfrente á tomar una botella.

—No traigo cuartos, dí ayer todo el jornal á la mujer.

—A la mujer lo que menos no siendo palo.

No vuelvas á hacerlo más porque es una vergüenza que el sexo fuerte se sujete así al sexo débil. No vuelvas á hacerlo más ni lo digas á los compañeros porque se van á reir de tí.

### II

—Sí, señora, sí, la situación está que arde y no hay otro remedio que barrer para adentro.

—Pero sin perjudicar al parroquiano ¿oyes, Felipe? Anda despáchame pronto que tengo prisa y déjate de discursos.

—V. siempre está con prisa, Doña Jesusa. ¡Si en este mundo todo ha de arder!

—Pero mientras tanto llega la justicia de Dios, cada cual atienda debidamente á sus obligaciones.

—Vaya, ya nos salió el sermoncito de costumbre. ¡Esta gente de iglesia no pierde ripio!

—Es que deseamos que todos se salven.

—Nadie se condena. Dios es muy misericordioso.

—Y justiciero, que da á cada cual su merecido.

—Cuando murió por todos, señá Jesusa, ¿cómo va á condenarnos al infierno?

—No, si él no nos condena, somos nosotros mismos con nuestras obras; por algo nos hizo libres y nos dió el conocimiento necesario para discernir el bien del mal. ¿Quién va á llamar cruel á un padre cuyo hijo se empeña en tirarse á un precipicio y lo hace, contra la voluntad de su padre?

—Pero qué filosofías me gasta esta doctora!

¡Cómo se conoce que oye muchos sermones!

—Todos los que puedo. A tí no te sobrarian tampoco.

—No puedo. Tengo que despachar aquí.

—Pues despáchame y déjate de cosas que no entiendes. Ponme media arroba de patatas, bien pesada ¿oyes? bien pesada.

¡Eh, eh! cuidadito con ese dedo; quitálo de ahí.

—Fué un descuido.

—Que suelen tener los que niegan el infierno.

.....  
—No fué mal rapapolvo el que te largó como *fin de fiesta* esa beata que acaba de salir.

—Siempre la estoy provocando.

—¡Ya, ya! Cobra esta botella.

.....  
—Entonces qué, ¿vamos á ver á ese punto?

—Aún debe estar el horno caliente.

### III

—¿A dónde, camaradas, tan decididos? Entrar un rato en mi casa, tomaremos una botella de buen vino.

—Bueno; pues nos comisionó el Centro para venir hoy á estarnos con ese orador socialista que vive á la vuelta y que hace poco llegó de Bilbao, á ver si quiere darnos una Conferencia en el local de la Sociedad.

—Y os dejará satisfechos; como tener tiene buen pico... y las uñas largas.

—¿Le conoces?

—De sobra. Estuve con él trabajando en unas minas de cerca de Bilbao. Es un vivo que entiende eso del socialismo á las mil maravillas. De él vive.

—Eso no tiene nada de particular Todos vivimos de alguna profesión.

—Más ó menos honradamente. Lo que yo se deciros es que ese fulano se fugó de las minas con unas cuantas pesetas que sacó á no pocos infelices obreros que creyeron de buena fé en sus peroraciones. Ya vereis cómo aquí empieza enseguida á explotar el negocio de las *Cajas de resistencia*.

—¡Oye tú, por eso entonces su mujer le llamaría pillo y ladrón!

—¡Su mujer?... ¡ja, ja, ja!

—Cuando yo digo que debe ser un solemne hipócrita el *leader* ese.

—¡Cómo se conoce que eres nuevo en la Sociedad!

Si á hipocresías vamos, aquí tienes á éste que siempre está trinando contra la gente de iglesia y tiene su casa con cuadros de santos.

—No es cosa mía sino de la mujer... después de todo, esto de cuadros y rezos es inofensivo.

—¿Entonces para qué arremetes tanto contra ello?

—Por no desentonar del grupo, pero dejemos mis cosas y vamos á las del vecino. Si le llamas, después de todo, habreis de quedar satisfechos de su modo de expresarse.

—Si, aunque luego nos quedemos á la luna de Valencia.

—Calla, tú, inorante. ¡Si aún conservas resabios clericales!... ¡Ea! en marcha, á casa del famoso *leader*.

### IV

—No subo.

—¿Por qué? ¿Te vuelves atrás después de haberte ofrecido espontáneamente á acompañarme?

—Antes no sabía las cosas que ahora se.

—Pero ¿qué te habías creído, que ibas á dar aquí con frailes y jesuitas?

—No tanto, pero al menos con gentes honradas y de celo por nuestra causa.

—¡Ja, ja, ja!

## LOS RETIROS EN FRANCIA

La ley de los retiros obreros se presenta bajo unas condiciones especiales, que no satisfaciendo á nadie, disgusta á todos.

Sólo el Parlamento y sus compinches de la prensa bloquista están satisfechos de ella y la creen perfecta.

Los asalariados de la masonería pregonan á voz en grito las excelencias de la ley, y la ponen como cebo en el anzuelo electoral.

«Es inexacto, dicen ellos; el Senado vota los retiros obreros; desde los 65 años, los asalariados de ambos sexos de la industria, del comercio y de la agricultura, los criados y todos los obreros que no tienen derecho á otro retiro cualquiera departamental ó comunal, podrán cobrar hasta 414 francos anuales.»

Eso dicen los farsantes electoreros que hacen propaganda por y para las logias, y dígame luego que la República no piensa en los obreros.

Cada niño que nace encuentra en la cuna su retiro para la vejez.

¡¡¡Incomparable República, felices los franceses!!!

Sólo una ligera sombra vela ese hermoso cuadro, y es que los que están más directamente interesados, los proletarios, rechazan con desdén ese regalo electoral.

Es una estafa indigna, dicen unos; es una burla vergonzante, quieren robarnos, dicen otros, y el pueblo enumera á coro las estafas y las burlas de que vienen siendo víctimas desde que los jacobinos han sentado sus reales en París.

El ministro del Trabajo, el ciudadano Viviani, haciendo la apología de su obra, promete una renta de 40 francos por año á los de 65 años; de 62, á los de 75; de 100, á los de 85, y así progresivamente.

El robo está manifiesto.

El obrero que habrá pagado toda su vida una contribución anual de 9 francos, sin derecho á reintegro alguno en caso de defunción, á los 65 años tendrá derecho á un retiro que oscilará entre los 40 y 414 francos.

El Sindicato Obrero ha recibido una impresión desagradabilísima de las incalculables reticencias y las rastreras orientaciones de esa ley que dice en su art. 25: «La presente ley será aplicable en el plazo fijado por la ley que creará los recursos y regulará el funcionamiento, y tres meses después de la inserción de los reglamentos de administración pública en el *Journal Officiel*.»

Por otra parte, los periódicos democráticos dicen que la ley no proporciona ninguna garantía.

Aunque el dinero se saque de los bolsillos de los obreros, no será suficiente para asegurarles ese retiro ridículo que no llegará á *céntimo y medio por día*.

Y hasta entonces, ¿qué hará el gobierno de los millones recaudados anualmente sobre los salarios de los obreros? El gobierno no responde. Todos los que creen que ha llegado el día en que la República se ocupa de los trabajadores, vuelven la cara asqueados ante esa ley que no tiene otras apariencias que las de un timo denigrante y vergonzoso.

La burla de la masonería es afrentosa. No ha mucho ofreció los 1.000.000.000 de las Congregaciones que acaba de dilapidar, y ahora quiere regalar al pueblo 500 millones por año.

Los chacales de la masonería y paniaguados de Briand no se han saciado con los bienes de la Iglesia. Hoy quieren el sueldo de los obreros; muy pronto quizá les chuparán la sangre.

Así es como la masonería abusa indignamente de la credulidad del obrero.

Esa es la República en que se miran los de acá.

Pueblo, te engañan.

MARCELO

## Lección práctica

Para dar á conocer el verdadero espíritu que se cubre con el nombre de socialismo y anarquismo, insertamos las siguientes líneas:

«El suceso produjo hondísima sensación á cuantos lo presenciaron.

Y fué que el hado benéfico que rige y gobierna á los hombres, cogió de una oreja al obrero que más se distinguía por su presuntuosa locuacidad, lo plantó en medio de la asamblea de arregladores del mundo y le mandó contestar á estas preguntas.

—¿Qué harías si yo pusiera en tus manos mi omnimodo poder?

—Señor—contestó el obrero algún tanto alarmado—lo primero que haría sería unir á todos los hombres del mundo en sociedad de resistencia.

—Vamos, poner puertas al campo. Está bien. ¿Y después?

—Después les infundiría un sólo pensamiento y una sola voluntad.

—La segunda parte de la cuadratura del Círculo. Corriente. ¿Y después?

—Después, pediría rebaja de horas de trabajo y aumento de jornal, y si no lo concedían, declaraba la huelga general.

—Concedido todo, y no haya huelga ¿Y después?

—Después volvería á pedir más aumento de jornal y rebaja de horas.

—No perdamos tiempo: supón que las horas de trabajo bajan á cero y el jornal sube á mil. ¿Y después?

—Después, como sobraría el tiempo y el dinero, nos dedicaríamos á comprar muchos libros, á estudiar mucho, á viajar mucho, á darnos buena vida, á gozar.

—¡Perfectamente! Ya sois todos los obreros ricos, todos sabios, todos felices. ¿Y después?

—Después... después... después de ser ricos y felices, la verdad, no sé que reste nada por hacer.

—¡Como que si resta! ¿Pues quién había de hacer tus pantalones y tus zapatos, y tu casa, y todo lo necesario á la vida?

—¡Ah! Todo eso que lo hicieran los otros, los infames que antes nos habían explotado.

—De manera que tu *gran solución* se reduce á un simple cambio de estado; á que pasen á obreros los que hoy son burgueses, y á burgueses ó archiburgueses los que hoy son obreros. Y como aquellos predicarian después lo propio que vosotros, se impondría inmediatamente un nuevo cambio de estado, el cual provocaría otro luego, y otro, es decir, un cambio continuo; un círculo vicioso, sin salida. ¿Y para esto luchar? ¿Para esto conmover el mundo? ¿Para esto inventar sistemas, derrocar poderes, abatir colosos, destruir la sociedad toda?

Resulta, pues, que de cualquier mo-

do, unos han de ser ricos y otros pobres. Pues, caballeros, el sistema racional será aquel que haga cumplir á los unos con los otros como buenos hermanos, y eso es lo que quiere el catolicismo.

## MIRA A TUS MALES

—¡Llegó ya el bienestar, llegó el gran día! Estoy loco; no puedo dominarme:

El *compañero* ha hablado, ni un profeta Predica como él; hay que escucharle.

Llegó de Barcelona

Anoche, en el *expreso*; y esta tarde Sale para Madrid; de allí va á Málaga, De Málaga á Sevilla, es incansable.

Sólo esos hombres han de redimirnos, Sólo ellos son capaces.

De hacer que se estremezan los cimientos, De hacer saltar las bases

De esta ruin sociedad que nos ahoga Por medio de sus leyes criminales..

—Nicanor, Nicanor, cierra esa boca Y no blasfemes más; mira á tus males

A través del cristal de la Justicia, Y di después, si sabes,

Que no son tus miserias y tus juicios Fruto de esos discursos rimbombantes

Con que los *abnegados compañeros* Que viajan en primera, y á lo grande,

Llenan vuestras cabezas de palabras Mientras van explotando vuestra hambre.

FABRICIO.

## MUERTE DE UN VERDADERO

### AMIGO DEL PUEBLO

Hacemos nuestras las siguientes palabras de la Lectura Popular de Orihuela:

«Ha muerto el superior General de los Salesianos, D. Miguel Rúa.

La personalidad del ilustre difunto, continuador de la obra de D. Bosco, sus esclarecidas virtudes, la inmensa obra que pesaba sobre sus hombros, extendida por todo el mundo, dan idea de la pérdida que acaban de sufrir la Iglesia y la sociedad con la muerte de este varón apostólico.

Su muerte será sentida, no sólo por sus hijos, sino por las innumerables escuelas, hospicios, escuelas de artes y oficios, colonias agrícolas, seminarios, difusión de la buena prensa, misiones extranjeras entre infieles y sociedades de cooperadores que, formando inmenso conjunto de acción social, recibían aliento y dirección de su levantado espíritu.»

Nos asociamos al dolor de los PP. Salesianos, también favorecedores nuestros, por tan irreparable pérdida, y pedimos á nuestros piadosos lectores que lo encomienden á Dios.

## Correspondencia administrativa

Sr. D. D. M.—Sanzoles.—Pagó 1910.

Sr. D. P. I. G. y B.—San Fernando.—Pagó primer trimestre 1910.

Sr. D. P. R.—Obregón.—Pagó hasta fin de Agosto 1910

Sr. Director del Seminario de Tuy.—Pagó primer trimestre 1910.

Sr. A. de Puenteareas.—Pagó primer trimestre 1910.

IMPRESA DE L. SANGENIS  
GIJON